

Peter L. Berger y Thomas Luckmann

Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. La orientación del hombre moderno

Barcelona, Paidós, 1997 (e.o.1995)

Richard Sennett

La corrosión del carácter. Las consecuencias del trabajo en el nuevo capitalismo

Barcelona, Anagrama, 2000 (e.o.1998)

Los dos libros que a continuación van a ser objeto de atención constituyen sendas contribuciones a una problemática, no por vieja menos actual, que ha formado parte del corpus de preocupaciones de la sociología desde su nacimiento. Aunque se trate de textos escritos por autores relativamente distantes en cuanto a enfoque y trayectoria y aunque aparentemente aborden cuestiones diferentes, esto es, en un caso, la exposición estructural del hombre moderno a experimentar crisis de sentido, y, en el otro, la descomposición del carácter en el nuevo capitalismo, ambas obras se enmarcan en un tipo de sociología muy clásica —tan clásica como la de Durkheim o Simmel o, también, como la del sociólogo *avant la lettre* Tocqueville—, cuyo propósito central es indagar en las repercusiones psicológicas y morales del avance de la modernidad. En el punto de mira de todos los autores de esta gran tradición se encuentra la «cuestión moral» relativa a los problemas cognitivos, emotivos y éticos generados por la modernización y debidos fundamentalmente a la destrucción de los lazos comunitarios y los valores tradicionales que, en las sociedades preindustriales, supuestamente mantenían a los sujetos anclados en órdenes sociales y morales sólidos y estables. Al perderse dichos órdenes basados en una fuerte unidad social y moral y desencadenarse una progresiva atomización social, el individuo, sin duda, se libera de las viejas ataduras —y esa libertad conquistada es saludada por todos los autores mencionados—, pero tiene que enfrentarse a nuevos peligros, el peligro derivado de un individualismo exacerbado que conduce al repliegue del sujeto en la vida privada —como denunció Tocqueville y sigue denunciando Sennett— y el peligro, aún mayor, de caer en la anomia, que conduce tanto a una pérdida de orientación de la conducta al dejar de hallarse sujeta a la regulación social, según planteaba Durkheim y siguen planteando Berger y Luckmann, como a una pérdida general de sentido.

Así pues, aunque los libros reseñados discutan problemas distintos, los autores apuntan, con similar talante regenerador, ni apocalíptico ni cínicamente complaciente, y con un mismo estilo claro y limpio —exento de esa retórica de la ambigüedad y de ese gusto por la paradoja tan al uso en cierta literatura sociológica— a lo que consideran idéntico mal: el de las dificultades que encuentra el hombre moderno, especialmente en

las sociedades industriales avanzadas, para orientarse, construirse una identidad y dotarse a sí mismo de un sistema de esquemas interpretativos y valores que le permitan conferir significado orgánico a sus acciones y unidad de propósito a su vida. Al igual que los autores clásicos, los contemporáneos aquí tratados parten de un mismo supuesto: que con el avance del capitalismo moderno el sentido y la identidad se vuelven hechos cada vez más problemáticos y, por lo tanto, más inestables y precarios. Desde luego, unos y otros intentan localizar las estructuras y condiciones socioeconómicas que alimentan dicha problematización, bien sea señalando a procesos generales que acompañan al mundo moderno, como el incremento del pluralismo (Berger y Luckmann), bien a procesos más específicos y recientes, como la flexibilización laboral propia del nuevo capitalismo (Sennett). Lo curioso es que tanto el último como los primeros, pese a sus filiaciones ideológicas diferentes —Berger y Luckmann son moderadamente conservadores y Sennett es un «liberal» en el sentido norteamericano—, coinciden en ofrecer una receta tradicional, receta que ya propusieron Tocqueville y Durkheim a mediados y finales del s. XIX: la recuperación del papel y ascendencia de los grupos secundarios para vertebrar una sociedad excesivamente atomizada. Aunque Berger y Luckmann piensan fundamentalmente en las iglesias y las asociaciones y Sennett en las comunidades cívicas no excluyentes, los tres descubren una misma necesidad, la necesidad de ligar al sujeto más fuertemente a su entorno y vincularle a un conjunto de valores que le permitan encarrilar su biografía y otorgar significación a las acciones más cotidianas. Pero es preciso prestar atención a los análisis que llevan a los autores a converger en soluciones tan durkheimianas.

Peter L. Berger y Thomas Luckmann, autores que, casi treinta años desde la publicación de su obra conjunta *«La construcción social de la realidad»* (1966), han decidido volver a colaborar, retoman en este libro algunas de las cuestiones ya tratadas en otras obras, especialmente en las obras respectivas de sociología de la religión *«El dosel sagrado»* (1967) de Berger y *«La religión invisible»* (1963) de Luckmann, así como en estudios que abordan las consecuencias de la modernidad sobre la conciencia del sujeto como el que publicó Berger junto a su mujer Brigitte Berger y su cuñado Hansfried Kellner en 1973 *«The Homeless Mind»*, traducido al español con el título *«Un mundo sin hogar. Modernización y conciencia»*. A pesar de que ambos sociólogos han tomado en las últimas décadas rumbos distintos, pues uno de ellos, Luckmann, ha vuelto a Europa y se ha establecido en Constanza, donde ha continuado desarrollando su programa de sociología fenomenológica de índole principalmente teórica, mientras que Berger ha continuado en EE.UU., donde dirige el «Institute for the Study of Economic Culture» y se ocupa de problemas más empíricos— su obra *«La Revolución Capitalista»* (1986) da testimonio de ese nuevo rumbo de sus intereses—, en el fondo sigue uniéndoles una misma preocupación teórica, la preocupación por el significado de la acción social, que había sido el eje de la sociología weberiana, y que ellos abordan con sus herramientas conceptuales tomadas de la fenomenología de Alfred Schütz, la psicología social de George H. Mead y la antropología filosófica de autores como Arnold Gehlen y Helmut Plessner, por citar algunas de las fuentes de su pensamiento. Lógicamente, si su *leit motiv* es el sentido, un sentido construido socialmente y que cristaliza en depósitos o acervos,

por utilizar la terminología fenomenológica, de cuya constitución y custodia se encargan algunas instituciones especializadas, en el centro de su atención está por necesidad la religión, pues son justamente las instituciones religiosas las que tradicionalmente han estado encargadas del procesamiento social del sentido, descargando, así, al individuo de la pesada carga de enfrentarse cognitivamente a su entorno («*Umwelt*») natural y social.

El problema empieza, plantean Berger y Luckmann, enlazando con sus obras anteriores y coincidiendo con el dictamen de neocomunitaristas como Mac Intyre o Taylor, cuando deja de existir un sistema de valores de aplicación general o, dicho en términos fenomenológicos, un depósito comúnmente aceptado de sentido con categorías y esquemas de acción biográficos que ayude a los individuos a construir una vida con sentido. Esto es lo que ocurre en las sociedades modernas, frente a las sociedades arcaicas o tradicionales, no sólo por el repliegue de la religión —los autores no piensan que la laicización haya ido tan lejos como planteaba la teoría de la secularización—, sino porque su diferenciación funcional en esferas gobernadas cada una de ellas por esquemas de acción diferentes hace imposible que éstos puedan ser integrados en un esquema de sentido supraordinal. Para Berger y Luckmann, en efecto, la clave que explica que las sociedades modernas sean sociedades cuyos miembros están expuestos en mayor medida que los de otras a sufrir crisis de sentido no es la secularización (la desclericalización no siempre significa secularización y este último proceso sólo se ha afianzado claramente en Europa Occidental), sino el pluralismo y la consiguiente relativización de los sistemas de valores. Ello no implica que la crisis de sentido se haya convertido de hecho en una pandemia, pues siguen existiendo comunidades de vida y de sentido (*Lebens-Sinngemeinschaften*) ligadas a las viejas religiones, a las nuevas religiones sincréticas o a sistemas de valores laicos, como los que sustentan las nuevas instituciones surgidas al amparo del estado «terapéutico». Pero esas comunidades no tienen la fuerza de las antiguas comunidades tradicionales, ya que ahora son «subculturas», comunidades de convicción voluntarias, que ofrecen «reservas de sentido» —y por ello constituyen una suerte de «islas de sentido»—, pero que ya no pueden mantenerse en el nivel de lo que Schütz llamaba «el mundo que se da por supuesto», pues hasta las religiones han dejado de ser algo que se da por supuesto para convertirse en algo que puede elegirse como un objeto de consumo.

Una de las consecuencias del pluralismo moderno es, pues, el debilitamiento de las comunidades de vida, que ya no pueden impermeabilizarse y proteger totalmente a sus miembros de una crisis de plausibilidad de sus valores, puesto que éste se halla en contacto permanente con otros mundos de valores y tradiciones diferentes. Además, como ya señalaron en su tiempo Durkheim y Simmel, aumenta el número de individuos que no están arraigados en ninguna comunidad y que experimentan un permanente extrañamiento, que parece ser el precio que hay que pagar por disfrutar de un mayor grado de libertad. Como los autores parten de la teoría de las instituciones de Gehlen, según la cual éstas canalizan, como los instintos en los animales, la acción humana, es natural que les preocupe que el hombre moderno esté parcialmente desprovisto de las «recetas» que ellas ofrecen para enfrentar los hitos de la vida como la pubertad, la iniciación sexual, el trabajo, el envejecimiento o la muerte. El hombre moderno tiene que soportar, en virtud de

ese proceso que Giddens ha denominado destradicionalización y Lamo de Espinosa obsolescencia de la cultura, un grado mucho mayor de incertidumbre que sus antepasados.

Sin embargo, Berger y Luckmann no siguen a Durkheim cuando éste sugiere que una sociedad no puede sobrevivir sin sistemas de sentido y valores supraordinales de validez general, en suma, sin una moral global. Tampoco nadan en la misma corriente que los neoconservadores, que abogan por una vuelta a valores tradicionales erigidos en la única moral natural. Los autores aceptan el pluralismo no sólo como hecho inevitable sino también como hecho deseable y, eso sí, defienden la vía durkheimiana de fortalecer las instituciones intermedias para neutralizar los efectos perversos de aquél e impedir que se extienda la pandemia de la crisis de sentido. Para ellos está claro que las instituciones secundarias —desde las iglesias a las instituciones terapéuticas del Estado del Bienestar— son las que contribuyen en mayor medida a la producción y procesamiento del acervo social de sentido. Desde luego, no son partidarios de las comunidades que se convierten en *ghettos* y se cierran al exterior, adoptando una postura fundamentalista, como sucede con los amish de Pennsylvania. Para los autores, que coinciden en este punto con las tesis defendidas brillantemente por Ernest Gellner, ni el fundamentalismo ni el relativismo postmoderno, que no es más que hacer de la necesidad virtud, son reconciliables con la razón práctica. Por ello apuestan por las instituciones intermedias que no encarnan actitudes fundamentalistas y que son capaces de sustentar pequeños mundos-de-la-vida (*kleinen Lebenswelten*), en expresión de Benita Luckmann, evitando tanto los peligros del colectivismo dogmático de los fundamentalismos como del solipsismo precario de la postmodernidad.

En suma, los autores hacen un diagnóstico, un diagnóstico que adolece de cierta vaguedad, ya que no indica (como sí lo hacía Durkheim en «El suicidio») qué grupos sociales son más propensos a sufrir crisis de sentido y qué grupos están más protegidos, y ofrecen una cura, una cura poco original, pero que suena razonable y, desde luego, conciliable con los valores liberales propios de la civilización occidental. Su propuesta se suma, así, a las voces que claman por un fortalecimiento de la sociedad civil, pues es en ella donde se origina la «densidad moral» capaz de vincular y orientar al individuo. Además, Berger y Luckmann coinciden con Sennett en considerar que el sentido de la propia existencia depende de concebir a ésta como un proyecto a largo plazo, que trasciende las rutinas cotidianas, proyecto que estaba presente tanto en los relatos de las «vidas de santos», como en los de los héroes seculares modernos (ya se trate de George Washington o de Rosa Luxemburgo). Probablemente, estarían de acuerdo con aquél en considerar que las actuales condiciones de trabajo del capitalismo tardío no facilitan precisamente la constitución de dicho proyecto a largo plazo; aunque no compartan la crítica de Sennett al capitalismo en sus mismos términos, comparten, como se ha dicho anteriormente, una misma preocupación por sus consecuencias sobre el estado psíquico y moral de los individuos.

En «La corrosión del carácter», Richard Sennett, por su parte, continúa indagando en los desórdenes de la personalidad inducidos por los procesos sociales contemporáneos — ya lo hizo en «*Narcisismo y cultura moderna*» (1976)— y denunciando algunas tendencias generadas por las estructuras políticas y socioeconómicas de las sociedades

modernas, como en su clásico *«El declive del hombre público»* (1977) o en el estudio más antiguo *«Vida urbana e identidad personal»* (1970), donde critica la disminución de la variedad y cantidad de interacción simbólica entre los individuos en las ciudades modernas. Es tal su preocupación por la falta de densidad moral y de comunicación, así como por su efecto directo, es decir, el aislamiento rutinario del individuo, replegado en la vida privada como temía Tocqueville, que el autor se aleja de la línea marxista clásica, ya que opina que, mientras que en tiempos de escasez la preocupación prioritaria es la subsistencia, en tiempos de abundancia lo es la comunicación. De hecho, su obra entronca sobre todo con la de Tocqueville, y se acerca en algunos planteamientos a la de Erich Fromm en su *«Psicoanálisis de la sociedad contemporánea»* (1955), a la de David Riesman en *«La muchedumbre solitaria»* (1964) o la de Christopher Lasch en *«La familia, refugio en un mundo despiadado»* (1977); la focalización de su interés en el fenómeno del decaimiento de la sociedad y de lo público debido a los valores individualistas y «familísticos» prevalecientes en las sociedades capitalistas avanzadas le desvía del problema clásico para la izquierda de la desigualdad, aunque éste no desaparece del todo de sus análisis. De hecho, una de las cosas que le inquietan del privatismo o individualismo reinantes es que las desigualdades son convertidas en algo puramente personal. Es tal el arraigo de la ideología de la igualdad de oportunidades en EEUU que la gente tiende a psicologizar todos los «fracasos» (paro, bajos ingresos.) de los individuos.

Pero volviendo al libro que nos ocupa, su foco de atención está constituido, como reza el título, por la corrosión del carácter y el debilitamiento de la identidad personal que están produciéndose como subproducto de las nuevas tendencias subsumidas generalmente bajo el término de «flexibilización» que se abren paso en las sociedades capitalistas, especialmente en USA. A partir de experiencias reales de sujetos por él entrevistados, como Enrico (portero) y su hijo Rico (*yuppie*), o como unos panaderos de primera y segunda generación, o Rose, una propietaria de un bar convertida durante un tiempo en empleada de una empresa de publicidad, o unos antiguos empleados de la IBM despedidos en el proceso de reconversión de la empresa, Sennett va desgranando sus análisis y observaciones partiendo de una tesis muy simple —este libro resulta mucho menos denso y teórico que otros libros anteriores—, a saber, que el trabajo bajo el nuevo capitalismo no permite estructurar la vida como un proyecto a largo plazo, si se tiene en cuenta que, en EE.UU., un joven puede esperar cambiar de trabajo al menos once veces en el curso de su vida laboral, así como de cualificación tres veces. Eso significa que la gente no puede ya, como hacían las generaciones mayores (la de Enrico o los antiguos panaderos), edificar su vida sobre la base de una «carrera», esto es, un canal por donde se encauzan las actividades profesionales de toda una vida.

Es decir, lo que plantea Sennett es que en el capitalismo «flexible» el único trabajo que puede aspirar un hombre medio a tener es el que merece el vocablo inglés de *Job* y que originariamente designaba un pedazo o fragmento de algo que se podía acarrear. Ello tiene implicaciones graves: en este marco laboral, señala el autor, resulta muy difícil establecer compromisos duraderos o sentir lealtad hacia los demás, ya que, para que prendan en el individuo el compromiso y la lealtad, tiene que haber vínculos sólidos, que sólo surgen de una asociación larga. No es de extrañar, argumenta, que el desapego y la

cooperación superficial, a las que siempre acompaña esa actitud *blasé* descrita por Simmel, sean las cualidades que se adecuan mejor a las nuevas necesidades. En suma, las preocupaciones de Sennett se resumen en las siguientes preguntas: ¿cómo pueden perseguirse objetivos a largo plazo en una sociedad a corto plazo? ¿cómo sostener relaciones humanas duraderas? ¿cómo puede un ser humano desarrollar un relato de su identidad e historia vital en una sociedad compuesta de episodios y fragmentos?

Asimismo, al autor le importan otros problemas derivados de las condiciones de trabajo tardocapitalistas. Así por ejemplo, y contra el optimismo de los utópicos postindustriales, le parece ver al viejo fantasma de la alienación planeando sobre el trabajador, ya que, debido a la mecanización-informatización de las tareas y la «especialización flexible», el trabajo se vuelve algo ininteligible, como muestra el caso que estudia de una panadería informatizada en la que los trabajadores no saben hacer pan, aparte de que, al ser todos ellos temporales, su trabajo les resulta del todo indiferente: tanto su identidad laboral como su conciencia de clase son muy débiles y ello no sólo por la mencionada temporalidad, sino también porque es muy difícil identificarse con un trabajo «macdonalizado» que no plantea ninguna dificultad, ni exige una cualificación especial. Las identidades, concluye Sennett, se tornan cada vez más fluidas, en correspondencia con la precariedad y baja cualificación de los empleos.

Por otro lado, a estas dos características del trabajo en el nuevo capitalismo, se les une un ambiente laboral dominado por unas redes amorfas y sumamente complicadas en las que el trabajador —en este caso Rose, la empleada en una empresa de publicidad— se siente inseguro, porque no hay medidas objetivas que definan lo que es un buen trabajo. Teniendo en cuenta que, además, a la ambigüedad se le suma el tan aclamado riesgo, que para el trabajador significa que puede ser despedido en cualquier momento, no es de extrañar que en el nuevo orden se produzca una erosión sin paliativos de la vieja ética del trabajo, basada en la autodisciplina y en la gratificación postergada. El viejo tipo descrito por Weber, el hombre empeñado en probar su valor moral por el trabajo, sentencia Sennett, ya no tiene razón de ser y, por el contrario, el nuevo hombre o mujer que requieren los tiempos actuales es el que es, ante todo, ducho en las capacidades blandas de la comunicación y que se mueve como pez en el agua en la «cultura de la cooperación mediante símbolos igualitarios», según expresión de Laurie Graham, que obliga a manipular la propia imagen. El autor, en la línea de «*White Collar*» de Wright Mills, observa críticamente al trabajador de cuello blanco, transmutado en un experto en habilidades sociales, así como en sacar provecho de su propio aspecto y personalidad.

Por lo tanto, y resumiendo, Richard Sennett denuncia en este libro dos cosas. En primer lugar, las nuevas reglas del juego que imperan en el ámbito laboral y que suelen ser aludidas con palabras mágicas como «flexibilidad» o «riesgo», términos que, para sus promotores, condensan el método que hay que seguir para conseguir un éxito asegurado; frente a los adalides del nuevo modelo laboral, una de cuyos primeros efectos es la reducción de plantillas, el sociólogo americano sostiene que no está demostrado que éste conduzca a una mayor productividad, ya que la motivación y moral de los trabajadores baja en picado y, además, es injusto para los más maduros, que no son apreciados en el nuevo régimen, donde no cuenta nada la experiencia o la antigüedad, y donde se supone

que a mayor edad el trabajador es más refractario al riesgo. Tampoco cree, y en este punto se advierte una plena coincidencia con las observaciones de Boltanski y Chiapello en su obra *«Le nouvel esprit du capitalisme»*, que haya disminuido el grado de dominación que se ejerce sobre el trabajador, pese a las apariencias (en el lugar de trabajo han desaparecido las figuras autoritarias y los directivos juegan a ser gestores del «trabajo de grupo»), y más bien se intensifica el control sobre éste por vías más sutiles. Además, el autor demuestra con datos que la mayor movilidad desatada por los constantes cambios de trabajo perjudican a más cantidad de trabajadores (el 34%) que a los que beneficia (el 28%). En definitiva, Sennett se enfrenta a toda la cultura moderna del riesgo, que equipara estabilidad con fracaso, y que exalta el movimiento, aunque el viaje permanente no lleve a ningún sitio.

En segundo lugar, Sennett denuncia los «estragos» que este orden nuevo ocasiona sobre las vidas e identidades de los que lo sufren, y especialmente señala como principal efecto nocivo la corrosión del carácter propiciada por la pérdida de la profesión o *«Beruf»* sobre la que articular la vida y, a partir de ahí, concebirla como una narrativa con sentido de unidad. El autor se cuenta entre los que consideran peligrosa la forma que está tomando el goffmaniano yo postmoderno, convertido en un *collage*, en una colección de accidentes imposibles de ensamblar en un relato inteligible. En fin, Sennett, tal vez muy condicionado por su experiencia en los EE.UU., donde las tendencias que él describe han progresado en mucha mayor medida que, por ejemplo, en Europa, teme que las biografías e identidades de los sujetos estén sufriendo un proceso de descomposición como consecuencia de los procesos en marcha.

A partir de este diagnóstico, así como de los análisis de las situaciones concretas que ilustran de qué manera los procesos discutidos se materializan en las vidas de los individuos, Sennett, al igual que en otras obras, receta sus remedios, en los que básicamente coincide, como se empezó explicando, con Berger y Luckmann. Para el autor, la salida a esta situación postmoderna perniciosa es la recuperación de la idea de comunidad, pero no una comunidad identitaria defensiva, como la que une a un «nosotros» construido sobre bases xenófobas, sino cívica, abierta y responsable, basada en la máxima de que «porque alguien depende de mí, soy responsable de mi acción ante el otro», en palabras de Paul Ricoeur. De lo que se trata es de ir contra la corriente del nuevo capitalismo, que tiende a debilitar el carácter y a fragmentar las historias de los individuos, y de volver a crear lazos de dependencia y de dificultad compartida entre los hombres para, así, posibilitar también una idea de destino compartido.

En suma, Sennett defiende no el retorno nostálgico a un *Gemeinschaft* tradicional, sino la creación de un tejido asociativo que permita al individuo salir de su madriguera, enlazar su vida a la de otros y dejar de ser una mónada que, además, se culpa a sí mismo de los fracasos motivados por fuerzas que escapan a su control, como hacían los ex-empleados de la IBM que describe. Por supuesto, el autor, en contraste con Berger y Luckmann, considera que esa recuperación del espíritu comunitario es absolutamente imposible bajo el modelo de capitalismo que preside la sociedad americana, modelo que, en oposición al «renano» (europeo-continental-occidental), él llama anglosajón, y que no deja de criticar, pese a contar a su favor con un menor índice de desempleo. Por lo tanto, su libro contiene

una dosis de crítica política de la que carece el otro libro, y puede leerse, entre otras cosas, como un alegato a favor de la estabilidad y la igualdad, requisitos indispensables, a su juicio, para que el resquebrajado yo pueda recomponerse. En este punto se muestra lo que podría denominarse republicanismo progresista de Sennett, que propone, en última instancia, una transformación de la estructura económicosocial como precondition para una existencia individual autodeterminada y con sentido.

IRENE MARTÍNEZ SAHUQUILLO
(Universidad de Salamanca)